

El Ministerio de Justicia recordaría ciertamente este artículo del Código, sin necesidad de que se lo indicasen, y habría cumplido con su deber; pero, detenido por multitud de formalidades administrativas y judiciales, tal vez le habría llenado perezosamente. Roberto, que seguía velando por Blanchard, estaba felizmente allí para abreviar el procedimiento.

En vez de volver á las colonias con su prometida, después del primer proceso de Lorenzo, quiso asistir al segundo, y ahora esperaba, para partir, la rehabilitación de su protegido.

Gracias á sus esfuerzos, á sus pasos, todas las dificultades se allanaron, y antes de terminar el año, el Tribunal de Rouen, ante el cual comparecieron Lorenzo y Blanchard, declaró al primero culpable y absolvió al segundo.

Durante los debates se produjo un nuevo incidente. Un jardinero de Maisons-Laffite, llamado Carlos Papin, se presentó á acusarse del robo doméstico por que Blanchard fué condenado en otro tiempo á cinco años de reclusión.

Así fué completa la rehabilitación del desgraciado.

Mas le quedaba el recuerdo de su larga detención y de las torturas morales que había sufrido. Roberto de Meillant pensó que esas tristes impresiones se desvanecerían más pronto si Blanchard y su esposa dejaban la Francia, donde tanto habían sufrido. Propúsoles, pues, seguirle á las colonias y darles ocupación en su casa. Aceptaron reconocidos, y así pudieron asistir al matrimonio de Roberto y Juana Guérin, tan largo tiempo detenido por su causa.

Zoé Lacassade consiguió también volver á su isla querida. No la dejará seguramente otra vez para volver á Europa, á este país de estranguladores, como ella le llama con su exageración habitual.

Pero ¿qué era, mientras pasaban los sucesos que acabamos de referir, de la gran Florina?

LVII

Retirada en Maisons-Laffite, se cuidó mucho de no intervenir en estos asuntos.

Cuando el primer proceso, el mismo interés de Lorenzo exigía la reserva: acusado del asesinato de Matilde, debía evitar que adivinasen sus relaciones con otra mujer joven y linda, para que no la tomasen por su amante é instigadora del asesinato. Después, cuando Florina supo el incidente ocurrido en la Audiencia y la denuncia de Simonnet, resolvió ser más prudente que nunca: la Justicia, estudiando el pasado de Lorenzo, podía saber sus hechos desde hacía un año, descubrir los diversos oficios á que se había dedicado y los estrangulamientos morales que habían seguido y precedido al estrangulamiento real del capitán Guérin y de Matilde.

Continuaba, pues, viviendo al lado de su marido, aunque ya no hubiese motivo para vigilarle y evitar declarase la verdadera perso-

nalidad de Simonnet, conocido al presente; pero la existencia campestre, inactiva, en compañía de un hombre que, aunque había sido su igual, no era ya de su clase, comenzaba á pesarle, y tanto más sufría, cuanto que había aspirado á otro porvenir.

¡Ah! Sus sueños tan largo tiempo acariciados se habían desvanecido: la casa de comercio de Lorenzo y C.^a se hundió con su jefe, y la asociada de la casa, reducida á sus solas fuerzas, no podía ya contar con la fortuna que entrevió. En cuanto á su famosa intimidad con Lorenzo, y á la existencia amorosa que se había preparado, debía renunciar á ella, á menos que fuese á establecerse á Nueva-Caledonia, cerca del presidio de la isla de Nou, y en eso no pensaba. Los caprichos de la gran Florina no iban más allá de ciertos límites.

En su soledad y su retiro, mientras que el pobre Papin, creyéndola tornada á los buenos sentimientos, alimentaba la esperanza de vivir siempre á su lado, preparaba ella su fuga y meditaba una nueva sociedad, nuevas intrigas, en relación con su carácter y sus gustos.

Ahora, para entrar en campaña, disponía de su parte en los beneficios pasados, suma bastante considerable que no había colocado y que llevaba de ordinario encima por más seguridad, y para sustraerla también á las miradas de su marido.

Mas, como todas las personas que ocultan un tesoro, amaba contemplarle, y esta satisfacción de avara, que no supo dominar, la arrasó á su perdición.

Loustalot, el antiguo detenido del Depósito de los condenados, se había establecido definitivamente en Maisons-Laffite, no como jardinero, según al principio tuvo intención, sino como batelero; es decir, que había comprado con su peculio una canoa destinada á pasear los aficionados.

Florina, para distraerse, había hecho ya algunas excursiones en este barco, que ella dirigía con preferencia por el pintoresco brazo del río que parte del antiguo molino del castillo, costea á la izquierda la isla, á la derecha una ribera sombría que va á reunirse al Sena después de caprichosos giros.

Proyectando para el día siguiente uno de estos paseos, avisó á Loustalot para que se entendiese con ella, y éste se apresuró á acudir. No veía en la habitante del parque más que la parroquiana generosa en cuya casa trabajaba Papin, su antiguo cómplice y amigo, sin sospechar nada más.

Florina había dicho á su marido que guardara el secreto, y éste, temeroso de desagradarle y perderla, continuaba siendo discreto.

Loustalot llegó á casa de Florina á la caída de la tarde, y después de haber buscado inútilmente al jardinero Papin, que había salido, se acercó discretamente, con pasos silenciosos, fiel á sus costumbres de antiguo ladrón.

Las persianas del piso bajo estaban cerradas, pero distinguió luz y se aproximó. La propietaria del sitio estaría probablemente detrás, y él buscaba un medio cualquiera de llamar su atención, cuando, mirando más detenidamente

por las juntas de las persianas, creyó ver billetes de Banco colocados en una mesita cerca de la ventana.

Si, no se engañaba. Estaban allí, á su vista, alumbrados por una lámpara, numerosos, soberbios. Una mujer, sentada al otro lado de la mesa, los miraba con amor.

Después de algunos momentos de contemplación, los reunió todos en un solo paquete y se puso á contarlos, hojeándolos con agilidad, aproximando frecuentemente el dedo á sus labios para humedecerlo.

Loustalot, inmóvil, deteniendo el aliento, oculto tras la puerta, contaba también. Contó sesenta.

¡Sesenta billetes de mil francos! ¡Una fortuna! ¡En aquel mueble, en aquel escondrijo iba á encerrarse tal tesoro! Pronto se convenció.

Florina dividió los billetes en dos partes y los colocó en los dos saquitos de tela que estaban sobre la mesa. Después se llevó las manos al cuerpo del vestido, lo desabotonó, lo abrió, tomó una aguja é hilo y cosió cada paquete en el forro, á derecha é izquierda. Terminada esta operación se abrochó el vestido.

Loustalot lo vió todo. Entonces, silencioso, se alejó de la casa, ganó la puerta de entrada, salió y llamó desde afuera, como si en aquel momento llegase. Florina oyó el ruido, fué á abrir, y, reconociéndole, le dió instrucciones para el día siguiente.

Al cabo de un instante, el antiguo recluso recorrió el parque pensativo, agitado, calentur-

riente. Llegado al castillo tomó á la derecha, ganó la población y entró en casa de un carpintero para suplicarle reparase su barco, que hacía agua.

—Dejad eso ahora—dijo el carpintero;—son las ocho de la noche... no tengo ya obreros. Eso no será tan necesario.

—Por el contrario—replicó Loustalot;—paseo á una señora por la mañana temprano, y acabo de ver que una de las planchas de mi embarcación no ofrece solidez.

—¡Bien! Podrá así resistir un día más. Mañana os enviaré uno de mis oficiales. Antes no me es posible.

Loustalot no insistió. Su visita al carpintero sólo había tenido un objeto: probar más tarde, si era necesario, que había querido reparar su barco.

Subió al Sena, y, aprovechándose de la obscuridad y de la soledad que le rodeaban, se entregó sobre la canoa á un misterioso trabajo, que no fué ciertamente el de su reparación.

Al día siguiente, Florina acudió con exactitud á la cita que dió. Llegó al brazo del Sena á las ocho de la mañana, ligera, divertida, alegre, con un tiempo soberbio. Loustalot le tendió la mano para ayudarle á subir á la embarcación, y en seguida empezó á remar. Se alejó del molino y subió la corriente con vigor, mirando á hurtadillas y oblicuamente á ambos lados del río.

Florina, recostada en la popa, con los ojos fijos en el río, meditaba. Pasado el primer brazo, que divide en dos la isla grande, después

de una marcha de tres cuartos de hora próximamente, llegaron al segundo, al grande, al que con rápida corriente va á perderse en el Sena.

—¡Vuestra canoa hace agua!— exclamó de pronto Florina.

—Eso no es nada, no es nada—replicó Loustalot.

—Os digo que vamos á hundirnos. Aproximáos á la orilla.

Loustalot obedeció, pero con lentitud, como si le faltasen fuerzas para dominar la corriente.

La canoa seguía haciendo agua. Una de las planchas del fondo se había levantado y dejaba penetrar gran cantidad de ella. Florina tuvo miedo y se apoyó en el lado derecho. Loustalot se inclinó del mismo lado, y el peso de ambos, unido al del agua que afluía en la misma dirección, hizo vacilar al barco y hundirse.

Florina, por el pronto, no perdió su sangre fría: sostenida por sus vestidos y agitando los brazos, pudo conseguir sostenerse sobre el agua. Vió á Loustalot que andaba con ligereza hacia ella. Tendióle los brazos, creyendo que iba á salvarla; pero de pronto se sintió sujeta, retenida, rodeada por grandes hierbas acuáticas, por una especie de islote flotante.

Quiso librarse de ellas; pero, en sus agitados esfuerzos, una larga planta, viscosa, flexible como una cuerda, se arrolló á su cuello. Cuanto más pugnaba por desenredarse de ella, más estrechamente la planta se le arrollaba.

Loustalot, ya cerca de Florina, la miraba tranquilamente, sin prestarle socorro alguno.

Luchó algunos instantes más y murió... estrangulada, no como el capitán Guérin y Matilde, por la mano de un hombre, sino por la voluntad de Dios Todopoderoso.

Loustalot condujo el cadáver á la desierta orilla, abrió el corsé del vestido y se apoderó del tesoro, corriendo después á la población y manifestando el mayor sentimiento por la terrible catástrofe.

Papin estuvo á punto de volverse loco, y ciertamente habría llegado á estarlo si Florina hubiera vivido.

Créese que la última sublevación de las Canaques fué provocada por un forzado evadido de la isla de Nou. Todo induce á creer que éste fué Simonnet Jagon.

FIN

